

Preso sin nombre, celda sin número

Jacobo Timerman/VIII

Algunos ideólogos de la dictadura militar argentina trataron de definir los peligros que enfrentaba Argentina como la mejor forma de explicar sus propias motivaciones y acciones. Este método de explicar un objetivo no por lo que quiere obtener o por lo que está realizando, sino por lo que trata de evitar, es típico de las mentalidades totalitarias de izquierda y derecha que desataron la violencia terrorista en Argentina. Nunca supieron expresar qué era lo que querían construir, pero siempre fueron categóricos en lo que querían aniquilar.

Una de las definiciones más elaboradas fue la siguiente: "Tres son los principales enemigos de Argentina. Karl Marx, porque trató de destruir la idea cristiana de la sociedad. Sigmund Freud porque trató de destruir la idea cristiana de la familia. Y Alberto Einstein porque trató de destruir la idea cristiana del espacio y el tiempo".

Para cualquier individuo medianamente civilizado, esta frase encierra un deseo muy claro de retornar a la sociedad católica de la Edad Media. Es una forma de rechazo de la sociedad moderna, o de los intentos por entender las contradicciones de la sociedad contemporánea. Para una mente totalitaria, no existen contradicciones que justificaran una sociedad pluralista y tolerante. Sólo existen enemigos o amigos.

Para un judío, la descripción hecha por un ideólogo militar de cuáles son los principales enemigos de Argentina, constituía la aparición de un viejo fantasma. Porque las figuras elegidas para explicar al enemigo, son tres judíos. Es cierto que uno de los más feroces escritos antisemitas se debió al mismo Karl Marx, el libro *La cuestión judía*. Pero si para algunos comunistas más o menos civilizados, este libro contiene algunas apreciaciones equivocadas y debe ser analizado a la luz de los problemas de la época en que fue escrito, para un totalitario de derecha es sólo una demostración de que los judíos utilizan a veces métodos contradictorios para confundir a los no judíos y hacerles caer que los judíos están divididos.

Algunos sectores militares argentinos no coinciden con estas tesis. Pero nunca lo dirán porque podrían aparecer como projudíos. Varias veces, por cierto, han sostenido que es necesario evitar toda expresión de antisemitismo, pero lo han explicado como una necesidad táctica y no una posición ideológica o una expresión de principios. Su principal argumento a favor de evitar toda sospecha de antisemitismo, ha sido siempre la necesidad de no enfrentar a la poderosa comunidad judía de Estados Unidos. Pero este sector debió actuar siempre con especial cuidado para evitar ser acusado de "debilidad ante el enemigo", uno de los principales anatemas que puede caer sobre un militar argentino cuando procede de sus propias filas.

Este grupo de moderados, era de todos modos exitosamente contrabalanceado por el sector duro de las Fuerzas Armadas. Y en manos de este sector duro estuvo la política de represión y exterminio de los primeros cuatro años de dictadura militar. El sector duro colgaba retratos de Hitler en las habitaciones donde eran interrogados los presos políticos judíos; inventaban torturas especiales para los presos judíos; reducía la cuota de alimentación para los presos judíos en las cárceles clandestinas; humillaba a los rabinos que se atrevían a concurrir a las cárceles a visitar a los presos judíos. Y, básicamente, alimentaba y protegía a las organizaciones que publicaban la literatura antisemita, ya sea libros o revistas. En estas revistas se llegó a afirmar que el presidente James Carter era judío y su verdadero nombre Braunstein, con la misma ligereza y odio y argumentación con los cuales los nazis en la segunda guerra mundial aseguraron que Franklin Roosevelt era judío.

Algunos amigos militares me ofrecieron lo que ellos consideraron eran buenos consejos. Dejar el país por un par de años hasta que los momentos más violentos del proceso represivo pasaran. Dejar la dirección del diario en manos de mis colaboradores, sólo por un par de años, hasta que la violencia fuera superada. O no publicar ciertos artículos. O no publicar los nombres de las personas que diariamente desaparecían. En fin, buscar algún tipo de compromiso con la realidad.

Este "realismo", este espíritu pragmático, es el motor más importante de la supervivencia en un país totalitario. La tendencia biológica a sobrevivir, se manifiesta por una racionalización del condicionamiento. Una explicación moral, o práctica, o ideológica de las actitudes que es necesario asumir para sobrevivir.

Uno puede decirse a sí mismo: mis actos no van a cambiar la historia, y sólo me llevarán a la muerte; pero si sobrevivo, seré útil para la reconstrucción del país. Si publico los nombres de los desaparecidos, como me lo piden sus familiares, no evitaré que los maten, pero lograré que me maten a mí, mientras que si no publico los nombres podré sobrevivir para seguir la lucha, ya que los desaparecidos de todos modos están muertos. En estos momentos, nada de lo que haga o publique puede modificar los acontecimientos porque los sectores duros de las Fuerzas Armadas dominan la situación; pero si sobrevivo, podré ayudar con mi diario a los grupos moderados cuando estos estén en condiciones de tomar el poder.

Este condicionamiento con la realidad, es siempre ejercido por la mayoría de la población. La gran mayoría. Cualquiera sea el ejemplo que se elija, la Alemania de Hitler, la Rusia de Stalin, la Italia de Mussolini, la Cuba de Castro, la casi totalidad de la población siempre buscará un compromiso con la realidad para poder sobrevivir y ser útil cuando el momento sea más adecuado. Y precisamente por ello, quien se aparta de este pragmatismo casi biológico, se hace sospechoso no sólo para el poder, sino también para la población en general.

Los militares me expresaron muchas veces su admiración por mi abierto enfrentamiento con los terroristas de izquierda, a quienes acusaba y señalaba sin eufemismos desde mi diario. Pero entonces se les hacía muy difícil entender por qué también acusaba con la misma estridencia a quienes utilizaban métodos terroristas para liquidar a los terroristas de izquierda. Me preguntaban qué motivos tenía para luchar contra los aliados de los militares, los terroristas de derecha, y ninguna de mis respuestas les resultaba satisfactoria. Siempre les parecía que la táctica de la represión era más importante que la ideología del proceso.

Recuerdo que hace 15 años, apoyé a un grupo de coroneles democráticos que eran considerados los hombres más brillantes del Ejército. Quienes discutían sus posiciones, me utilizaban como elemento de crítica: si Timerman los apoya, seguramente significa que no están capacitados para triunfar; Timerman los empuja a la acción para tratar de dividir al Ejército.

En 1977 envié un periodista a una provincia a escribir unos artículos sobre un general del Ejército que estaba realizando un muy buen gobierno. Tuvo tanto temor de que mi diario lo elogiara, que me envió un telegrama diciéndome que no quería se publicara ningún elogio sobre su administración, porque todo lo hacía por la Patria y no en busca de gloria.

Algunos militares se sentían en condiciones de entenderme como judío religioso o sionista religioso. Pero cuando les decía, o lo publicaba, o lo publicaba, o lo publicaba. Que era judío desde un punto de vista político, y también un sionista político, sentían una especie de terror, terror ante lo desconocido, ante una nueva forma satánica.

Mi judaísmo era un acto político; el judaísmo una categoría política. Ya eso sólo resultaba imposible de comprender para los militares. Pero al mismo tiempo era muchas otras cosas que además de imposibles de comprender, resultaban demasiado sospechosas para una mente educada en el antisemitismo, o inclinada hacia el antisemitismo, o francamente antisemita. No podían aceptar, ni entender, que un patriota argentino fuera también un patriota judío, y también un sionista de izquierda, y editor de libros de sicología; defensor de Salvador Allende en Chile, los disidentes soviéticos y los prisioneros políticos en las cárceles cubanas. El mundo de ellos era más simple. Y para sobrevivir en ese mundo, había que elegir entre los dos extremos. Para muchos, para la gran mayoría, fue muy sencillo. Para mí, imposible.

Y esto es lo que hizo que los dirigentes judíos de Buenos Aires me consideraran también un factor de irritación.

Desde las páginas de mi diario, se protestaron, se denunciaron, todos los actos antisemitas que se cometían en el país. El presidente de la comunidad judía, Dr. Nehemías Reznitsky, me explicó que no debían protestarse todos, ya que ello creaba un enfrentamiento con sectores muy poderosos del Ejército. Que era mejor otra táctica: protestar algunos, silenciar otros, y tratar de negociar y sobrevivir.

Los sicólogos fueron perseguidos, los curas democráticos fueron perseguidos, y los periodistas, y los universitarios, y los judíos, y los abogados defensores de presos políticos, fueron perseguidos o degradados. La mayoría optó por el silencio, por acatar los nuevos valores que limitaban sus profesiones, que denigraban su espíritu creador. La gran mayoría aceptó ese guetto de oro de la supervivencia, esa lujuriosa sensación de la seguridad, esa maravillosa sensación biológica de saberse vivo por encima de toda duda.

Pero si todos son culpables de compromiso con la realidad, o inocentes porque casi es entendible que la vida en cualquier condición o circunstancia sea preferible a la muerte; ¿por qué tengo esta obsesión únicamente con la complicidad de los dirigentes judíos de Argentina?

Después de la guerra, comenzamos a comprender la magnitud del Holocausto. Y nos prometimos que nunca jamás volvería a repetirse esta silenciosa y científica destrucción de nuestro pueblo. Y también nos prometimos, y lo juramos, y lo repetimos a través de los años, que jamás volvería a repetirse nuestro propio silencio, nuestra pasividad, nuestro descuido, nuestra parálisis. Nos prometimos que nunca jamás el horror nos paralizaría, nos asustaría, nos haría desarrollar teorías de supervivencia, de compromiso con la realidad, de postergación de nuestra pública indignación.

Para los dirigentes judíos de Buenos Aires, para dirigentes judíos en muchos lugares del mundo, el punto de referencia es el horror del Holocausto. Una cámara de gas, un campo de concentración, una selección ante los hornos crematorios es el punto de referencia que debe determinar si ha llegado el momento para la batalla abierta y total contra el antisemitismo.

Y para mí el punto de referencia es también la responsabilidad de los judíos ante cualquier acto antisemita. El punto de referencia es la acción de los judíos; el silencio judío de los años de Hitler antes que los actos de Hitler.

Nunca pude entender que los horrores del Holocausto hagan parecer sin importancia la violación de muchachas judías en las cárceles clandestinas de Argentina. Nunca pude aceptar que la actividad recordatoria, la industria de la recordación del Holocausto haga parecer como innecesario ocuparse abiertamente de la publicación de literatura antisemita en Argentina y el hecho de que esa literatura es estudiada en las academias militares de Buenos Aires.

Yo creí siempre que incorporar el Holocausto a mi vida, significaba que jamás podría permitir que la policía argentina se sienta autorizada a humillar a los presos judíos. Nunca supuse que algunos dirigentes judíos utilizarían los horrores del Holocausto para indicar que ante ciertas agresiones antisemitas mucho menos terribles que esos horrores, el silencio sería más redituable.

Y es por todo eso, que creo que la más importante lección del Holocausto no radica en los horrores cometidos por el nazismo. Exponer una y otra vez esos horrores no inclina a ningún antisemita a la piedad. La más importante lección que deja el Holocausto radica en la necesidad de comprender el silencio judío o la incapacidad judía para defenderse; radica en la incapacidad judía de confrontar al mundo con su propia locura, con el significado de la locura antisemita.

El Holocausto será comprendido no tanto por el número de víctimas como por la magnitud del silencio. Y lo que me obsesiona es más la repetición del silencio que la posibilidad de un nuevo Holocausto. Porque sólo la repetición del silencio posibilitará un nuevo Holocausto.

Los dirigentes judíos de Argentina intentan medir el peligro que afrontan por la magnitud de los actos antisemitas. Tratan de encontrar en sus recuerdos, en sus miedos, en sus creencias, alguna tabla de valores que les permita predecir el futuro. Que les indique cuántas escuelas judías deben ser bombardeadas, cuántas adiciones de televisión antisemitas transmitidas, cuánta propaganda antisemita publicada para que la tendencia sea hacia el Holocausto. Y yo he luchado desde mi diario para que ni el más mínimo acto antisemita quede silenciado, porque el silencio de los judíos es el único indicador de

que el Holocausto sigue presente en la condición judía dentro de la historia.

Una antigua casa de una planta en la localidad de Martínez, 20 kilómetros al norte de Buenos Aires. Fue anteriormente una estación de policía. Una puerta estrecha para entrar, y una puerta de entrada para automóviles. La casa comienza con una pequeña habitación que es el depósito de armas, seguida por otra pequeña habitación con dos camas superpuestas, que es el dormitorio de la guardia. Dan a un estrecho y breve pasillo al cual se abre otra puerta, que es la oficina de inteligencia y archivo. A ésta le sigue una habitación que es la oficina del jefe, y otra habitación con un baño privado con dos camas, que es el dormitorio de los dos jefes principales y sala de tortura cuando la cocina está ocupada. Entre el dormitorio y el dormitorio de la guardia dan a un patio cuadrado en medio del cual hay una habitación de lata, muy estrecha, para mantener de pie o acostados o atados a una silla, durante horas o días, a los presos. A ese patio de la puerta de una cocina, que tiene además otra puerta que da a otro dormitorio de camas superpuestas para las 10 personas que constituyen la dotación policial. De ese dormitorio una puerta da a otro patio, donde hay un lavatorio para todos, y una puerta en el otro extremo que da a un sótano. En ese sótano hay una galería a la cual dan varias celdas. Ahí están encerrados los presos. Las paredes constantemente húmedas, pero algunas celdas tienen la suerte de contar con un agujero en el suelo que sirve como letrina. Los que están en otras celdas sin ese agujero, tienen que pedir a la guardia que los acompañen al lavatorio en el patio, a lo que no siempre la guardia está con ganas de responder. Una de las celdas con agujero, desde hace un año no se abre. Dicen que hay un guerrillero. Las celdas no tienen número, los presos no tienen nombre, la cárcel clandestina depende del general Guillermo Suárez Mason y es conocida como Coti Martínez.

Yo estoy en el dormitorio de la guardia, en el primer pasillo, atado a la cama después de la paliza que me dieron el día que me trajeron desde la central de policía de Buenos Aires. Todas las celdas están llenas, y me tienen ahí porque no recibieron instrucciones claras sobre mí, o las instrucciones llegaron tarde. Nadie sabe por qué estoy ahí. Ya fui torturado, interrogado en los meses de abril y mayo de 1977, y estamos en junio y julio. Están intrigados. Luego reciben la orden de tenerme, pero sin molestarme. Nunca tuvieron un caso así, y no saben bien qué puede significar para el futuro. Cada uno a su manera, intenta establecer algún tipo de diálogo conmigo. Suponen que quizás algún día volveré a dirigir un diario. Son profesionales, y no quisieran que por alguna vuelta de la política me dedique a perseguirlos.

Un guardia me pide trabajo para su hijo, que no quiere estudiar. Es un muchacho de 14 años que le crea problemas y desearía que aprenda un buen oficio. Lo recomiendo a una Escuela de Oficios, y a pesar de que estoy desaparecido, no le molesta visitar al director de esa Escuela, de parte mía, para solicitar un lugar para su hijo. No considera que está haciendo nada incorrecto, y me explica que simplemente hay que evitar que los ladrones —primero dice judíos, pero luego se corrige—, se lleven el dinero de Argentina. Tiene su moral: cuando el jefe lo envía a buscar un terrorista, si éste se resiste lo mata y a todos los que están con él, esposa, padres, hijos. Pero si el terrorista no se resiste, lo lleva al jefe. Únicamente si el jefe le da la orden, le coloca el revólver en la nuca y lo mata. No mata por placer, únicamente por necesidad o por alguna orden. Dice que hay otros que lo hacen por placer o por espíritu deportivo, para competir con los demás en el número de "enfriados". Es un buen hombre que cuida su alimentación, trae sus propios cubiertos de su casa porque cree que los de la cocina común están contaminados, espera poder jubilarse pronto aun cuando es joven, pero por estar en una función peligrosa le computan doble los años de servicio. Cuando no están los jefes, me permite utilizar el baño de ellos.

Siempre hay alguien que viene a conversar conmigo. Poco a poco alivian mi situación. Ya no estoy todo el día y la noche encadenado a la cama. Solemente de noche, después incluso suprimen eso. Me permiten caminar por el patio siempre que haya algún guardia a la vista. Sobre la casa hay una torre con dos hombres con ametralladoras. Al principio la alimentación es muy mala, y luego me ofrecen la que come la guardia. Hay algunos presos que son personas de fortuna, y una vez concluidos los interrogatorios y las torturas, gozan de un status especial si pueden pagar una suma diaria a los jefes. Se les permite cocinar, lavarse la ropa, y a algunos conversar telefónicamente con sus familias.

Constantemente me preguntan por qué estoy ahí. Yo no lo sé y ellos tampoco lo saben. La única orden que tienen es cuidarme. Estoy con un número, sin nombre, pero mi foto salió tantas veces en los diarios que nadie ignora mi identidad. Sacan a veces a algunos presos al patio, y entonces debo permanecer en mi celda-habitación, pero puedo verlos a través de las ventanas.

Siempre al comienzo la disciplina es rígida, luego a medida que pasan los días se va corrompiendo. Creo que ya todos los presos saben que estoy aquí, menos los que están encerrados desde hace uno o dos años en una celda subterránea sin permiso para salir. También comienzo a conocer a algunos de los presos, y no puedo evitar escuchar los comentarios de los policías o militares sobre cada uno. Algunos familiares pagaron rescate suponiendo que estaban secuestrados por delincuentes. En ciertos casos los dejan salir después de recibir el rescate. En otros los matan a pesar de haber cobrado el rescate. Consideran que el rescate es una forma que tienen de financiar las operaciones, la existencia de este ejército paralelo, sin tocar los fondos del Estado. Pero cuando cobran un rescate la alegría es grande, se festeja con una fiesta, y sospecho que el dinero es repartido entre todos. Es lo que ha ocurrido con el enorme rescate pagado por la familia de Rafael Perrota para lograr su liberación. Por la forma en que cuidaban a este anciano periodista, cómo trataban de ocultarlo de la vista de los demás en esta Coti Martínez, ¿crees que nunca pensaron en dejarlo en libertad. De todos modos, esperaban del coronel Ramón Camps o del general Suárez Mason una decisión sobre si dejarlo en libertad o matarlo.

Tienen otros privilegios, que se descubren conviviendo con ellos con alguna libertad, o escuchando sus conversaciones. El Coti Martínez está ubicado en una zona de vida nocturna del norte de Buenos Aires. Los torturadores y sus jefes tienen derecho a controlar ciertos bares donde se ejerce la prostitución, pueden explotar a algunas mujeres, gozan de impunidad para proteger a explotadores de juego clandestino.